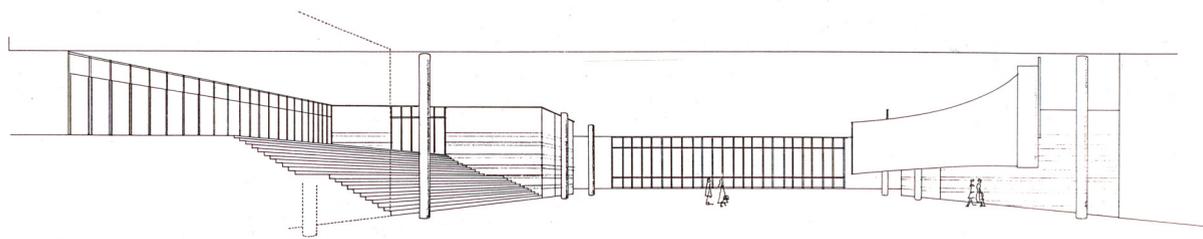


Pedro Arbea Ayestarán



Un edificio singular como es el que alojará al Palacio de Festivales, debería tener desde la ciudad una lectura clara y precisa. La actuación, además, no debe condicionar el futuro de la zona.

Las imposiciones dadas por el emplazamiento, la rigidez de los límites del solar, el programa y la pantalla de edificios que lo rodean han hecho pensar que una forma de competir con el entorno es una propuesta volumétrica no fragmentada, levantando del suelo el auditorio a fin de que pueda ser percibido desde la ciudad como un hito singular.

Al edificio se accede desde dos calles. Ambos accesos están unidos por un gran vestíbulo en el que se localizan cuatro núcleos de comunicación vertical que le dan servicio. El palacio consta de cinco niveles principales, el más bajo une el edificio con los espacios exteriores. El siguiente lo constituye la entreplanta de servicios. Encima de ésta se encuentra el auditorio dentro del cual hay un nivel intermedio que aloja los

palcos. Por último, la planta superior, con la escuela y el restaurante.

Se ha considerado que toda la superficie exterior debe llevar tratamiento de fachada. En las norte y sur un muro cortina de vidrio y acero queda rodeado superior y lateralmente por paños de material aglomerado; en las laterales el muro de vidrio refleja la crujía central.

Las cuatro crujías laterales son ciegas de hormigón con adición de colorante verde.

Con la iluminación se ha pretendido que el interior del edificio, a través de las zonas acristaladas, se haga visible en días de representación, de forma que la ciudad pueda participar desde fuera de una parte del espectáculo.

(De la memoria).

